

# Una visión posmoderna de Cuba desde el exilio: Daína Chaviano y *La isla de los amores infinitos*

Por Alicia E. Vadillo

---

Publicado en Revista Baquiana, año IX, No. 51/52

Con *La isla de los amores infinitos* (Miami, 2006), la escritora Daína Chaviano, se une al ya creciente grupo de autores que narran la nación cubana a partir de una saga familiar. Entre ellos Hilda Pereda (*Los Robledal*, Miami, 1987) y Julio Travieso Serrano (*El polvo y el oro*, Cuba, 1998) se destacan por presentar en sus obras la alegoría de una Cuba que posee diferentes discursos e ideas políticas pero que aun así, estos se resumen en una identidad colectiva regida por principios dominantes que la legitiman como nación.

Chaviano, a diferencia de los autores mencionados, apoya su novela en otro tipo de alegoría, ahora puramente literaria, la cual no muestra a la nación a través de una historia nacional ejemplar identificada como el fundamento de la independencia sino más bien su opuesto, esto es, la nación como consecuencia de la independencia, con múltiples particularidades y defectos heredados de una larga colonia y como un sistema cultural híbrido producido por las mezclas de razas, costumbres y credos que en ella se reunieron.

Esta reconceptualización la logra Chaviano aplicando su modelo propio de inclusión/exclusión de los elementos constituyentes de “la nación”. De esta manera, sustituye el hecho histórico, considerado hasta el momento como incuestionable por poseer una estructura, un tiempo y un espacio de posible comprobación, por otro mucho más novedoso, el cual, sin dejar de ser histórico, se aferra a lo *diferente* para constituir nuevas unidades como son la trasgresión espacial, la identidad nacional dividida, y el exilio.

Paralelamente, introduce otros elementos que alteran el sentido tradicional de realidad. La magia, elemento paralógico, le da misterio y energía a la novela, permite el desarrollo de los personajes y paraleliza al personaje Cecilia con Cuba.



Así, Cecilia y Cuba constituyen dos focos temáticos, inicialmente aislados, de una narración común; focos que oscilan entre la luz y la sombra para superponerse finalmente.

Aun siendo marcado el interés de la autora por reconstruir la nación, la familia, como grupo humano se impone y es en su decursar que corre una narración fragmentada, discontinua, con múltiples meta narraciones que describen la venida a la Isla en el Siglo XVIII de tres familias diferentes, representantes de las tres etnias y culturas básicas de la formación nacional. Estas son: la familia de Clara y Pedro, procedentes de Cuenca, España; la de Dayo, esclava traída del Reino de Ifá, Nigeria; y la de Pag Chiang, lllagada de Cantón, China.

Resulta interesante el hecho de que Chaviano, a diferencia de otros escritores, cita el constituyente chino en los cimientos nacionales. Y no solamente lo incluye sino que lo trabaja cuidadosamente a través de su comida, sus tradiciones, sus credos y su cultura en general. Destaca el intercambio de esta comunidad con las otras culturas del país como es el caso del lenguaje chino/español, del sincretismo Sanfancón/Shangó y de su participación en la segunda guerra de independencia cubana donde la postura digna y heroica que sus miembros asumieron les llevo a recibir el honor de ser calificados como:

“Nunca hubo un chino cubano desertor;

Nunca hubo un chino cubano traidor”, <sup>(1)</sup>

(Chaviano 345)

Los límites raciales desaparecen cuando la familia blanca y la de descendencia africana se unen a través del matrimonio de María de las Mercedes (nacida en 1889) y José (nacido en 1887); mientras que la china se mantiene aislada hasta que Pag Li, conocido como Pablo, (nacido en 1926) se casa con Amalia (nacida en 1926) hija de María de las Mercedes y José, culminando así, metafóricamente, la integración de las tres etnias.

La historia de las familias/nación corre por la parte del personaje masculino Miguel, mientras que el segundo elemento metafórico, Cecilia, tiene una historia familiar corta que la sitúa viviendo sola en Miami, después de abandonar la isla pocos años atrás. Solamente se sabe que sus padres murieron en un accidente, y que su tía, lazo con sus antepasados, vive también en Miami. Aunque la familia masculina es la que organiza la historia, ésta llega al lector a través de la voz de Amalia, esposa de Pablo, quien la llena de detalles, juicios y emociones femeninas.





Entre las múltiples estrategias constructivas que presenta Chaviano se destaca el uso de su propia intertextualidad al incluir en el texto al personaje de Gaia y a la casa embrujada que ya se han visto en ***Casa de Juegos*** (Chaviano. Planeta; 1999). La casa, ahora vista en Miami, transita a esta nueva novela como un símbolo, como continuidad o signo de origen del espacio Cuba, revelando el alma del lugar donde aparece. En La Habana, la casa fue un ente compacto, reflejo de tradiciones y credos que llegaban a ser diabólicos, mientras que en Miami, sus contenidos se suavizan a partir de los conceptos familia y amor.

En Miami, la casa representará dos espacios coherentes: Cuba, (aparece sólo en fechas patrióticas), y “un alguien” desconocido inicialmente y que después resulta ser el personaje “Cecilia”. Este viraje o cambio metafórico se aprecia al hacer la casa un tránsito en sus apariciones, las cuales posteriormente, sólo ocurrirán en fechas familiares, relacionadas todas con Cecilia y a su vez, porque sus habitantes resultan ser los familiares muertos de dicho personaje. Cecilia descubrirá nuevos y positivos valores en esta visión mágica que la relacionan a ella, como personaje individual, con la Isla como nación y gracias a esto, podrá encontrarse a sí misma.

Dáina Chaviano, utilizando creativas y trabajadas imágenes que llegan a desarrollar una prosa casi poética, nos regala en su texto una singular visión de nuestra nación. Visión pluralista y alejada de convenciones formales. Visión que muestra un espacio nacional surgido de convergencias culturales venidas de muchas partes del mundo y que ahora, en un gran exilio vuelven a codificarse. Visión de un espacio rico en tradiciones, música, artistas, comidas, credos que acompañan a aquéllos que ya no viven en la Isla pero que sienten ser parte de ella. Esta fue la identidad híbrida que encontró y aceptó el personaje Cecilia para llenar de paz y alegría su alma.

### Notas

- (1) Inscripción que aparece en el monumento a los chinos combatientes de la segunda Guerra de Independencia Cubana en Línea y L, Vedado, La Habana.

**Alicia E. Vadillo** (Cárdenas, Cuba, 1946). Ensayista, conferencista y profesora. Graduada de la Universidad de la Habana y de Syracuse University. En la actualidad es catedrática de la Universidad Estatal de Nueva York en Oswego. Es especialista en Literatura Caribbean Contemporánea. Ha publicado numerosos



ensayos, entre ellos, “La escritura homoeerótica cubana contemporánea” (*Antología del Ambiente*, Alfaguara, 2002), “Una lectura metafórica entre comida y poder en la literatura neobarroca cubana” (Boletín Circa. Universidad de Costa Rica, Enero-Marzo 2002), y “Una lectura homoeerótica: La balada del güije de Nicolás Guillén” (Signos, Cuba, Enero 2002), entre otros. Fue profesora de la Universidad de Syracuse y le Moyne College en el estado de Nueva York. Su libro *Santería y Vodú: sexualidad y homoerotismo (camino que se cruzan en la literatura cubana contemporánea)* fue publicado por la editorial Biblioteca Nueva en Madrid, España (2002).

